GT 6: Cuerpo, Poder y Sociedad

Vivir «sobre el país». Estudio de los sectores populares en «Ismael» desde la categoría «cuerpo»

Florencia Thul Charbonnier

Licenciada en Ciencias Históricas. Estudiante de Maestría en Ciencias Humanas, opción Historia Rioplatense. Ayudante grado 1 de Historia Regional en el Área de Estudios Turísticos

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Udelar.

El objetivo de este trabajo es abordar el estudio de los que «viven sobre el país»[1], o sea en el medio rural de la región ubicada al norte del Río de la Plata, a partir de la novela *Ismael* de Eduardo Acevedo Díaz. Este trabajo es el informe final presentado en el seminario «Diversidad, poder y sociedad», dictado por las docentes Andrea Gayoso y Lourdes Peruchena, en el marco de la Maestría en Historia Rioplatense, en el año 2012.

La obra fue publicada en 1880, siendo la primera de sus cuatro novelas históricas: *Nativa* (1890), *Grito de Gloria* (1894) y *Lanza y sable* (1914). La acción transcurre en un período histórico que podría definirse como el del «proceso revolucionario»; incluyendo las décadas del diez y el veinte del siglo XIX.

Tomando una frase del autor, puede decirse que el objeto que me ocupa son los cuerpos de aquellos que «viven sobre el país», lo que lleva a preguntarme: ¿Cómo se ven influidos los cuerpos de quienes viven «sobre» la campaña? ¿Cómo los afecta la movilidad y la carencia de un lugar fijo donde asentarse?

1 Esta expresión es una adaptación de la autora de la expresada por Eduardo Acevedo Díaz en su obra *Nativa.* Allí el autor de la novela, se refiere a que los caudillos, gauchos y demás pobladores de la campaña, se encontraban dentro de los que *«vivían sobre el país».* Acevedo Díaz, E, *Nativa,* Montevideo, Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, 1964, p. 75.

Se busca comprender cuál era la mirada que se tenía en la década del ochenta del siglo XIX, de los trabajadores rurales en esta zona durante las guerras por la independencia y en las décadas posteriores a ellas. En este intento, tomaré la obra de Acevedo Díaz como fuente indirecta para aproximarme al tema desde la óptica del autor.

Esta mirada, estaba inserta en un complejo contexto de formación de la nacionalidad oriental, en el cual la literatura cumplió un rol preponderante. A partir de esta situación se ubicará la obra de Acevedo Díaz, tratando de identificar en el texto los elementos del «imaginario nacional» que se estaba creando.

Es este trabajo un intento por abordar, desde otra categoría teórica, a los protagonistas del medio rural. Surgirá en el análisis, la figura del gaucho como personaje emblemático para la época. Su aparición será fundamentalmente para hacerme preguntas sobre cómo se construyó esta tradicional imagen del hombre de campo y cuál fue su vínculo con el trabajo. Las características del mercado de trabajo en la época llevan a estudiar algo más que el rol de trabajadores que desempeñan esos cuerpos. Los sujetos que se abordan, no son solo cuerpos que trabajan, por lo que se incorporará la idea de «ciclo de vida», a partir de la constatación de que esos cuerpos cumplen diversos roles a lo largo de su existencia, incluso simultáneamente. Pueden ser peones, jornaleros, campesinos, matreros, soldados, milicianos, vagos, gauchos; todo esto a lo largo de su vida.

La utilización de una fuente secundaria, como es este texto literario, permite analizar la mirada que se tenía en la década del ochenta, sobre las décadas del diez y el veinte del siglo XIX. Debe entenderse a la literatura como una representación de la realidad y no como la realidad misma. Esto además, inserto en el contexto en el que el autor produjo la obra.

Durante décadas, predominó en el campo historiográfico una visión tradicional sobre el gaucho o el hombre rural que tuvo su origen en fuentes cualitativas como la literatura y los diarios de viajeros que recorrieron la Banda Oriental. Esta mirada, que aún perdura en la tradición cultural, ha sido modificada en las últimas décadas por la historiografía del Río de la Plata, que introdujo nuevas posturas, en base a fuentes diferentes y a preguntas novedosas. Al respecto, cabe preguntarse cuál fue el aporte de las obras de Acevedo Díaz a aquella historiografía tradicional. ¿La visión que el autor introduce sobre los gauchos, coincide con la que durante décadas relató la Historia?

Aproximaciones teóricas y metodológicas

La utilización de la categoría «cuerpo» como forma de abordaje para estudios históricos requiere de algunas reflexiones teóricas que demuestran su utilidad, su viabilidad y su riqueza para el análisis.

El «cuerpo» puede ser enunciado como «sujeto de la historia». Arlette Farge, plantea que «hablar de los hombres y de las mujeres del pasado sin tomar la precaución de enunciar la dimensión corporal sobre la que se asientan sus espíritus y sus inteligencias es olvidar una gran parte de ellos mismos».[2] La misma autora define al cuerpo como el «vehículo del ser en el mundo», ubicado en un determinado tiempo y espacio.

David Le Breton señala que el cuerpo debe ser entendido como una construcción social: «El cuerpo, moldeado por el contexto social y cultural en el que se sumerge el actor, es ese vector semántico por medio del cual se construye la evidencia de la relación con el mundo».[3]

La individualidad de los cuerpos presenta numerosos indicios sobre el espacio y el tiempo en el que se encuentran, a la vez que son influenciados por éstos. Es Carlo Ginzburg quien plantea esta concepción teórica, al señalar que «ciertos mínimos indicios han sido asumidos una y otra vez como elementos reveladores de fenómenos más generales».[4]

Otro elemento clave de este planteo teórico tiene que ver con la necesidad de distinguir diferencias «de clase» en relación al cuerpo. Para Farge «cada clase social tiene sus propios modos de explicitación del cuerpo, pues lo político se inscribe en ellas con firmeza, produciendo una cantidad infinita de reacciones y sentimientos».[5] A partir de esto, puede afirmarse que los cuerpos que aquí se estudiarán son integrantes de los «sectores populares rurales».

No obstante las dificultades teóricas acerca del concepto a utilizar, algunas de las precisiones de Farge son sumamente útiles para caracterizar a los cuerpos que aquí se estudian. Éstos «luchan constantemente contra su propio cuerpo y mantienen una inevitable simbiosis con él a fin de alejar no solo el frío, el hambre y el cansancio, sino también la injusticia, el odio y la violencia. Son seres ordinarios, que están animados por la historia y que actúan en ella».[6]

---

2 Farge, A, *Efusión y tormento. El relato de los cuerpos. Historia del pueblo en el siglo XVIII,* Madrid, Katz, 2008, p.13.

3 Le Breton, David, *La sociología del cuerpo,* Buenos Aires, Nueva Visión, 2002, p. 7.

4 Ginzburg, Carlo, *Mitos, emblemas, indicios,* Barcelona, Gedisa, 1994, p. 163.

5 Farge, A, *Efusión y tormento…*; Op. Cit. p. 17.

6 Ibíd. p. 18.

El cuerpo en los sectores desfavorecidos, es su bien más preciado, es todo lo que tienen: «Los acontecimientos del cuerpo se convierten en los acontecimientos del día». A diferencia de los cuerpos de las clases superiores, que pueden colocar entre ellos y las adversidades determinados bienes materiales que les permiten estar al resguardo de los peligros que los azotan.

La principal distinción respecto a la categoría «sectores populares rurales» será a partir de la incorporación del concepto de trabajo. O sea que serán abordados los «cuerpos de los que trabajan». Para comprender esta idea, es necesario hacer algunas precisiones acerca de cuáles eran las características del mercado de trabajo, para definir con mayor precisión al sujeto de estudio.

En la época estudiada, se reconoce la convivencia de diversos tipos de explotación de la fuerza de trabajo: el esclavo, el libre y el familiar. Los tres deben ser entendidos de manera complementaria, no se puede explicar uno sin el otro y por tanto, los trabajadores de cada sistema de explotación deben ser analizados en su conjunto para poder comprender el funcionamiento del mercado de trabajo. La propiedad privada no estaba conformada de forma excluyente, lo que permitía la existencia de recursos comunales, de explotación conjunta. En cuanto a la medición del tiempo de trabajo, no se regulaba con reloj sino como lo marcaba la naturaleza. Por último, en la época los procesos de trabajo eran moldeados por los usos y costumbres de cada región, y no tanto por las regulaciones de las instituciones y del propio mercado. [7]

Otra de las características del trabajo rural era su estacionalidad. Esto llevaba a la movilidad de los peones libres, quienes debían recorrer la campaña en busca de nuevas alternativas laborales. Otros, que contaban con pequeñas porciones de tierras en las que cosechaban o criaban animales, debían disponer de tiempo para el trabajo en su unidad familiar.

El historiador argentino Carlos Mayo propone que pueden hallarse dos tipos de asalariados rurales: los pequeños campesinos que alquilaban su fuerza de trabajo para complementar los ingresos derivados de la explotación de su parcela. Y por otro lado, aquellos peones, sin tierras, que no tenían más bienes que su ropa y 1 o 2 caballos. Estaban en una situación de extremo desamparo y virtualmente privados de la propiedad de buena parte de los medios de producción. Llevaban una vida itinerante, sin más que la fuerza de sus brazos, recorriendo la campaña pidiendo trabajo.[8]

---

7 Ibíd. p. 85.

8 Mayo, C, *Estancia y sociedad en la Pampa 1740-1820,* Buenos Aires, Biblos, 1995.

Tras la caracterización, reflexiona: «peones proletarios, peones campesinos… ¿dos estratos dentro de un mismo sector ocupacional, o solo dos momentos distintos y sucesivos en el ciclo de vida de un mismo asalariado rural?». [9]

Es este uno de los conceptos teóricos claves para este trabajo: el de ciclo de vida de los trabajadores rurales. Estaba marcado por la inestabilidad, que los llevaba a desempeñar diferentes roles a lo largo de su vida, sucesivamente e incluso algunos simultáneamente. Estos roles además variaban de acuerdo a las circunstancias de contexto, ya que por ejemplo, con la explosión de la guerra se abrían nuevas alternativas para emplearse y se cerraban otras.

El gaucho como construcción

La obra que aquí analizo, publicada en 1888, se gestó en un contexto en el cual el país transitaba por su afirmación como Estado independiente y junto con ello, un período de construcción de la nacionalidad. Como lo expresa el historiador uruguayo Gerardo Caetano, «Uruguay nació antes que los uruguayos, el Estado precedió a la nación», por lo que fue necesario crear el sentimiento de la nacionalidad a partir de una acción conjunta de intelectuales, políticos y artistas. Esta necesidad se hizo particularmente urgente en el período de la modernización cuando Uruguay debió marcar un perfil propio, demostrando una «consistencia» que, entre otros elementos, se fundamentara en el reconocimiento de un pasado cohesionador y aglutinante. La afirmación de las fronteras terrestres debía acompañarse con la definición de un pasado común.[10]

Abril Trigo señala que los textos literarios fueron producidos en un intento por configurar el discurso nacional, y «su objeto no es la historia, sino la historicidad, la creación y la manipulación de la historia».[11]

La historiografía, nutrida de fuentes como las que mencionamos a continuación, construyó una imagen teatral Del gaucho, cargada de elementos literarios. Todos los hombres de campo, eran identificados como gauchos, logrando algunos de ellos constituirse como caudillos.

Esta visión tradicional se mantuvo durante décadas, y en muchos ámbitos aún persiste. No obstante, su composición pasó por diferentes etapas. Abril Trigo señala que con la independencia, comenzó a haber un desprestigio de la voz caudillo y todo lo que venía con él. La «modernización» del país, proceso iniciado luego de la finalización de la Guerra del Paraguay en

9 Ibíd.

10 Sansón, Tomás, *La construcción de la nacionalidad oriental,* Montevideo, FHCE, Udelar, Departamento de Publicaciones, 2006, p. 28.

11 Trigo, Abril, *Caudillo, Estado, Nación. Literatura, historia e ideología en el Uruguay,* Gaithersburg, Hispamérica, 1990.

1870, trajo consigo la idea del progreso. Para el mismo autor, la medida que define el período es la del alambramiento de la propiedad rural, ya que implicó una transformación de la producción precapitalista al nuevo modo requerido por la inserción del país en el mercado internacional. [12] En este contexto, el gaucho, debía transformarse en un peón rural, en mano de obra para la «industria madre» que era la ganadería. La nueva sociedad que se intentaba crear ya no era funcional a sus necesidades y a su forma de vida.

Y agrega el mismo autor:

> El gaucho desaparece de la escena y con él, el caudillo. Esto es fruto de la modernización de las estructuras socio-económicas del país llevadas a cabo por Latorre. El caudillo, ente histórico, no existe ya sino como remanente anacrónico de una sociedad caduca. Es justamente esa desaparición física de la escena histórica la que borra las marcas de su peligrosidad en tanto ente social, y lo transforma en excelente materia prima para su reconstitución ideológica. Así se cierra la trágica paradoja: sus enemigos de ayer son sus autoproclamados herederos del presente; los antiguos verdugos ideológicos asumen la vindicación póstuma del reo. Al dejar de ser un problema social y un enemigo político, puede ser apropiado ideológicamente. Es el definitivo triunfo del orden de la ciudad letrada sobre el territorio.[13]

Las palabras de la autora ilustran el contexto en el que fue producida la obra *Ismael.* El gaucho, como personaje real de la historia, estaba siendo incorporando a la nueva economía del país; lo que permitió que pasara a formar parte de los rasgos distintivos de la nación que se estaba creando. Se conformó como uno de los personajes claves del pasado, pero porque ya no constituía un problema en el presente.

En este contexto ideológico se va a analizar la obra de Acevedo Díaz y su visión sobre los trabajadores rurales de la Banda Oriental en las décadas del diez y veinte del siglo XIX. También este autor contribuyó, con sus obras, a la construcción de la nacionalidad del país, al incluir en sus escritos, varios de los elementos identitarios que se estaban gestando.

Cuerpos moldeados por el clima

El cuerpo de Ismael, protagonista de la novela, es un cuerpo que está modelado por el clima en el que se constituyó, hecho que se acentúa ya que se trata de un individuo que ha vivido «sobre el país».

12 Trigo, A, *Caudillo, Estado, Nación…* Op. Cit. p. 38.

13 Ibíd. p. 64.

Al respecto de esta idea de cuerpo como construcción social, dice Farge: «El espacio social, económico y político atenta contra el cuerpo de la manera más cruel, de modo que éste termina pareciéndose a los espacios que frecuenta».[14] Es influenciado e incluso determinado por el contexto en el que se inserta. Este aspecto es representado por Acevedo Díaz en relación a su protagonista. En diversos pasajes de la obra hace referencia a que Ismael es un producto del clima rural que lo forjó.

La distinción entre lo urbano y lo rural está presente en todo el texto, siendo además uno de los elementos claves de la literatura de la época. También formó parte del imaginario nacional creado para consolidar un Estado-nación, en donde lo rural adquirió una importancia notable, aunque siempre con referencias al pasado, siendo lo urbano sinónimo de ciudadanía, de civilización, del proyecto futuro.

Así presenta al protagonista de su novela:

> Era este jinete un gaucho joven. Representaba apenas 22 años, y solo un bozo ligero sombreaba su labio grueso y encendido. El cabello castaño y ensortijado, caíale sobre los hombros en forma de melena. Sus facciones tostadas por el sol y el viento de los campos, ofrecían sin embargo, esa gracia y viril hermosura que acentúa más la vida azarosa y errante, transmitiendo a sus rasgos prominentes como una expresión perenne de las melancolías y tristezas del desierto (…) Llevaba en su persona los signos inequívocos de una sociabilidad embrionaria, de una raza que vive adherida a la costumbre, bajo la regla estrecha del hábito.[15]

Ismael es definido como un huérfano sin hogar. Acevedo Díaz se esfuerza por caracterizarlo como un gaucho errante, que desde el comienzo de la obra es presentado en soledad, sin vínculos de ningún tipo y sin un lugar fijo donde establecerse.

La visión del autor coincide con aquella presentada por la historiografía sobre los pobladores de la campaña. Con la imagen más tradicional sobre el gaucho, que lo ubicaba viviendo libremente en una campaña desierta, sin vínculos de ningún tipo, sin hogar ni trabajo fijo; ocupado más bien de «vivir sobre el país» tocando la guitarra y matando ganado para alimentarse. Frente a éste, aparece la contrafigura del estanciero, únicos dos pobladores de aquel inmenso desierto.

La cuestión del desplazamiento es clave en este análisis. Los pobladores de la campaña debían trasladarse, continuamente, en busca de un trabajo o para acudir a la guerra. Estaban en continuo

14 Farge, A, *Efusión y tormento…*; Op. Cit. p. 53.

15 Ibíd. pp. 54-55.

movimiento porque su situación de inestabilidad no les permitía asentarse en un lugar. Muchos de los pobladores rurales que también habitaban el espacio se diferenciaban en este aspecto, ya que contaban con una pequeña parcela donde asentarse con su familia. Ismael en cambio, debía recorrer el campo a caballo en busca de nuevas y mejores alternativas labores a lo largo de su ciclo de vida.

La vida «sobre el país» de Ismael

Ismael como peón de estancia

Ismael, por sus habilidades, fue contratado en la estancia de la viuda de don Alvar Fuentes. Comienza allí uno de los roles que cumple este cuerpo: el de peón de estancia. Abandona, momentáneamente, su situación de gaucho errante, para emplearse.

Las referencias al trabajo rural en la obra son escasas. Solo en algunos fragmentos se describen las actividades desarrolladas por individuos diversos: peones, esclavos, indígenas, mujeres, capataces. No obstante, a diferencia de la visión más tradicional, que presentaba a la región como un desierto donde la mano de obra era escasa y no se trabajaba más que con el ganado, hay en esta estancia referencia a diversas actividades rurales y a la presencia de numerosos individuos ocupados en ellas.

Si se observa esta fuente con detenimiento, se descubre que la imagen de la campaña que presenta lejos está de ser un desierto. Durante décadas la historiografía sobre el tema se dedicó a describirla de esa manera, haciendo énfasis en señalar que gauchos y estancieros eran los únicos actores de aquella realidad social. Las investigaciones de los últimos años, han presentado una visión alternativa a ésta.

Carlo Mayo, uno de los protagonistas de la renovación historiográfica sobre esta temática operada desde la década del ochenta sobre todo en Argentina, señala respecto al vinculo entre los habitantes de la campaña y los trabajos rurales:

> la imagen de una inmensa pampa poblada de innumerables ganados con un puñado de gauchos sueltos dedicados al noble ejercicio de comer empanadas y tocar la guitarra es falsa, al menos, vista desde la abigarrada complejidad de la campaña de fines del siglo XVIII (…) Había decenas de actividades que realizar, y aquellos que piensan que esas tareas ganaderas de la vida rural se podían hacer solas, están tocando demasiado de oído en su conocimiento del campo colonial.[16]

16 Mayo, Carlos, «Sobre peones, vagos y malentretenidos», *Anuario IEHS,* Número 2, 1987.

Este joven criollo y blanco, participó en las tareas de la estancia, alguna de las cuales son relatadas por Acevedo Díaz. En todas ellas, el cuerpo es el principal protagonista: sufre, se esfuerza, se cansa, se contornea y se hace carne con los animales. La capacidad física de los trabajadores era la clave para sobrellevar la tarea. El clima también participaba activamente de ésta, haciéndola aún más difícil:

> La ardua tarea seguía en tanto, y aún debía durar una hora. Circulaba como una atmósfera de fiebre en el rodeo; el calor no cedía; el polvo en perpetuas sacudidas se arremolinaba en torno de los grupos, los caballos jadeantes alargaban sus cuellos buscando en el ambiente denso una ráfaga de aire fresco.

El cuerpo se ve afectado, no solo en el momento del trabajo, sino también en la cotidianidad del individuo. Farge, dice al respecto:

> Sometidos a su trabajo y transformados no solo por él, sino también por el entorno inmediato, como la clientela, por ejemplo, los cuerpos, según Diderot, se vuelven fisonomías. Reproducen su identidad laboriosa, están impregnados físicamente por los gestos y los usos de su práctica; «transpiran» su estado, desde el cabello hasta los zapatos.[17]

Los cuerpos se ven impregnados de sus hábitos de trabajo en todos los momentos de su vida. Al respecto, podría citarse un ejemplo, a partir del relato de Acevedo Díaz del encuentro sexual entre Ismael y Felisa: «El gaucho vigoroso que domaba potros, era en aquel instante lo que el clima y la soledad lo habían hecho: un instinto en carnadura ardiente, una naturaleza llena de sensualismos irresistibles y arranque grosero».[18]

Ismael, aún en una situación de intimidad, traslada sus hábitos, sus instintos. Así lo señala Farge en relación al cuerpo de los pobres: «Modelado por sus hábitos de trabajo y sus condiciones de vida poco acomodadas, el cuerpo, la mayoría de las veces arruinado, se acostumbra y es así como se señala ante el otro y ante las instituciones». [19]

Las tareas rurales, de acuerdo a cómo han sido descritas por los contemporáneos, siempre incluían un momento de diversión, donde se disfrutaba de la abundancia de comida y bebida. De ellas participaban todos, incluso las mujeres de la estancia, que solían ocuparse de la cocina. Así lo refiere Farge:

---

17 Farge, A, *Efusión y tormento…*; Op. Cit. p. 200.

18 Acevedo Díaz, E, *Ismael,* Montevideo, Centro Editor de América Latina, 1968. p. 149.

19 Farge, A, *Efusión y tormento…*; Op. Cit. p. 200.

> El vagabundeo y la pobreza no están hechos solo de desgracias y desamparo: en todas partes se lee un verdadero alborozo de los cuerpos. Saborear, reír, beber, jugar a los dados, conocer el gozo, sacar partido de amistades efímeras e intensas son hechos que inundan los cuerpos de una gran energía y de goces rápidos, siempre a la espera de goces nuevos, más dulces.[20]

La vida de Ismael en la estancia no se extendió por demasiado tiempo. Aquel gauchito sin hogar, que transitaba errante por la campaña hasta obtener un trabajo, tras una circunstancia desafortunada, vuelve a su vida errante. Esta inestabilidad, típica de los sectores populares rurales de la época, lo acompañaría durante toda su existencia.

Ismael como matrero

Tras el episodio entre Ismael y Felisa, éste y su compañero Aldama huyen de la estancia y se refugian en los montes. Se ven obligados a hacerlo ya que el mayordomo del lugar descubre el encuentro sexual entre los protagonistas y se enfrenta a Ismael.

Es este el momento en el que, producto de la inestabilidad de la vida de los sectores populares rurales en la época, abandona su rol como peón y pasa a vivir una situación aún más compleja, donde el cuerpo se expone de manera más directa a la naturaleza. Vuelve a su vida errante, esta vez acompañado por Aldama, convirtiéndose ambos, al menos por un tiempo, en matreros.

El desplazamiento, la movilidad y la inestabilidad son claves en la vida de estos cuerpos. Se enfrentan a un espacio en donde el tiempo parece estar marcado por la naturaleza, y donde solo basta con satisfacer las necesidades básicas.

> El día y la noche —plantea Farge— no existen en esos espacios atravesados desde el alba hasta la noche avanzada por todos los que se desplazan a pie y sin descanso por la capital, para asistir a su trabajo o para encontrar uno. Encontrar un trabajo no significa encontrar trabajo: la población precaria pasa de una ocupación a otra, guiada por las estaciones o por las ocasiones. Forzada a la inestabilidad, la población vive de instante en instante.[21]

La vida de los matreros, con quienes Ismael y Aldama se integran tras hallar un grupo de estos en un monte, está condicionada por la naturaleza, al punto que se mimetizan con ella, especialmente con los animales: «Se hacía existencia común con los carpinchos, las zorras, los perros cimarrones y aún con el yaguareté».

---

20 Farge, A, *Efusión y tormento…*; Op. Cit. p. 129.

21 Ibíd.

Todo se solucionaba con lo poco que tenían a su alcance. A pesar de esto, los personajes no parecen quejarse de la realidad que les tocaba vivir. El relato del autor los muestra sobreviviendo con hidalguía las vicisitudes de la vida en el campo, sin quejas, sin reclamos, como verdaderos gauchos valientes. Esta era la visión que predominaba en la época, tanto en la literatura como en la historiografía.

> «Cuando las ropas caían a fragmentos desechas por el uso y la intemperie, se reemplazaba por otras idénticas, si era eso posible, en las excursiones sigilosas; de los contrario, se suplía con pieles de novillo o de carnero, se fabricaban chiripaes peludos aunque sobados, y gorros de manga, a cuchillo y lesna, y por hilo, tientos de cuero yeguar».

Y cuando la vida en la intemperie afectaba directamente al cuerpo, enfermándolo o dañándolo, también debían acudir a la naturaleza para sanarse:

> «En los casos de enfermedades, la marcela macho y hembra y la enjundia de lagarto, servían de drogas. Esos organismos dados a la fatiga, de nalgas de hierro y piernas domadoras, rara vez necesitaban, sin embargo, de diuréticos, de emplastos y de astringentes. Cuando lograban entrarse al monte malheridos en una refriega, lastimados en la entraña, como el toro en la pelea, ganaban arrastrándose todas sus anfractuosidades más oscuras, y agotadas ya sus fuerzas, allí morían en soledad profunda sin que nadie oyera sus maldiciones o lamentos».

La vida, parecía valer muy poco y la muerte podía encontrarse a cada instante.

En este contexto, los hombres de la campaña solían estar juntos. Compartían su vida «sobre el país». Farge plantea que «la soledad surgida de la pobreza está tan presente y es tan difícil de vivir, la falta de intimidad y de abrigo para protegerse es tan fuerte que «estar juntos» es una situación evidente».[22]

Esta situación es mencionada en varias oportunidades en el relato del autor, quien coloca la experiencia de Ismael junto con la de los otros matreros que lo acompañaron. Ellos «si llegaban a ser sorprendidos hacían causa común, y se batían con bravura, en la firme convicción de un fin desastroso en caso de caer prisioneros».

Ismael en su «puesto de combate»

Tal como ocurrió con su pasaje de peón a matrereo, tras pasar sus días como gaucho errante, Ismael se uniría a una fuerza revolucionaria. En el relato se lo presenta ocupando la tarea de

22 Farge, A, *Efusión y tormento…*; Op. Cit.

emisario de esta hueste, trabajo que le era especialmente indicado por su «afán insaciable de movilidad», además de su gusto por «la aventura y el peligro». [23]

Las penurias para el cuerpo aún persistían en esta nueva etapa de su vida. Los largos recorridos a caballo por la campaña, lo afectaban, pero no hacían mella en él. El relato hace referencia a que los «males del cuerpo», tenían sus remedios, pero no así los recuerdos de Ismael acerca de su vida en la estancia y especialmente la nostalgia por su relación con Felisa.

«Sin dejar de ser brusco, sensual y atrevido, el joven gaucho tenía la imaginación ardiente y la índole un tanto apasionada. No olvidaba los afectos, ni los odios. Todo ello era propio de su raza y de sus hábitos, se lo habían dado el origen y el clima, la vida errante y la soledad triste». [24] Aún en la lucha, Ismael estaba cargado de las características forjadas en él por el clima, por su estilo de vida.

Reflexiones finales

En una época en que la Historia y la literatura contribuían a la formación de la «nacionalidad oriental», Eduardo Acevedo Díaz creía lograr una gran conjunción entre ambas disciplinas a través de la «novela histórica». El propio autor se consideraba un «novelista de la historia» y desde ese lugar escribió sus novelas, como la aquí analizada. Pero como pareció ser regla en la época, las historias que contaban no siempre contenían toda la «verdad histórica», ya que como el mismo Acevedo Díaz lo señaló: «hay verdades que a los niños no se dice, o se les revela de a poco». [25]

Como señaló Paco Espínola en su crítica sobre la obra de Acevedo, éste contó una historia novelada que si bien relataba al pasado, estaba pensando en el futuro. En un futuro que se estaba gestando y que estaba asociado al progreso y la modernización. Realidad que pretendía alejarse lo más posible de la sociedad tradicional de décadas atrás.

En este contexto el autor de *Ismael* creó a sus personajes, incluyendo dentro de ellos a varios pertenecientes a los sectores populares rurales, que hemos definido como aquellos que «viven sobre el país». El más popular de ellos durante décadas, debido al aporte de la historiografía y la literatura, fue el gaucho, al que tradicionalmente se lo definió como un hombre errante, de destacada bravura, cuya única ocupación era vagar por la campaña en busca de un animal que matar para alimentarse. Esta imagen, se construyó a partir de la literatura gauchesca que llenó de

23 Acevedo Díaz, E, *Ismael*….Op. Cit. p. 164.

24 Ibíd. p. 177.

25 Ibíd. p. 92.

rasgos teatrales y literarios a este personaje que se volvió el más tradicional de la campaña del Río de la Plata. Asimismo, otras fuentes, como los relatos o diarios de viajeros europeos en estas tierras, confirmaban estas descripciones.

El análisis de nuevas fuentes o la relectura de las ya visitadas, ha permitido que en las últimas décadas se consolidara una nueva historiografía rural en la región. Entre sus principales logros, podría destacarse el de construir una nueva imagen sobre el poblador rural de estas tierras, que se aleja del tradicional, y que se construye en torno a una sociedad mucho más compleja que aquella que se presentaba como un gran desierto donde convivían unos cuantos gauchos errantes y los estancieros en sus grandes propiedades de tierras.

Fue a partir de esta nueva imagen de los actores del medio rural que abordé esta fuente literaria con el objetivo de conocer cuáles eran los rasgos del cuerpo de *Ismael* que destacaba el autor. A partir de esta categoría de análisis, me cuestioné acerca de cuál fue la construcción realizada en la década de 1880 acerca de uno de los típicos pobladores de la campaña.

El abordaje de la fuente permitió comprobar que el «cuerpo» de Ismael estaba expuesto a una gran inestabilidad y movilidad, lo que puede relacionarse con su pertenencia a los sectores populares rurales. No obstante, se presenta el individuo bien habituado al clima que debe vivir, ya que fue este mismo clima el que lo forjó.

Las referencias al trabajo en la obra son diversas. Acevedo Díaz relata algunas circunstancias ocurridas en la estancia de Fuentes, donde *Ismael* realiza varias tareas directamente asociadas con lo rural, mostrando asimismo la variedad de tareas que se hacían en ese establecimiento. Una situación fortuita, como fue su encuentro sexual con Felisa, determinó que se alejara de aquel lugar, junto con su amigo Aldama,

A partir de allí, volvió a la campaña, adoptando un nuevo rol: el de matrero. Fue allí cuando el cuerpo se expuso más directamente, ya que los gauchos errantes debían satisfacer sus necesidades básicas directamente de la naturaleza. El siguiente rol, fue desempeñado al unirse a una milicia revolucionaria, donde el cuerpo continúa expuesto a los peligros, donde la vida parece no valer.

Tras esta relectura de la fuente, me pregunto si la imagen de este personaje presentado por el autor, coincide con aquella tradicional visión que durante décadas repitió la historiografía. A partir del análisis realizado, esta pregunta podría responderse negativamente, ya que se reconocieron en el protagonista de la novela, caracteres que no coinciden totalmente con los más tradicionales aducidos al gaucho. Sí se lo reconoció como un miembro de los sectores populares rurales que vivían en una movilidad constante y cargada de inestabilidad. Se lo reconoció

cumpliendo tres roles diferentes, como fueron los de trabajador, matrero y miliciano, lo que confirmaría la importancia del «ciclo de vida» de estos individuos. O sea que este personaje, si bien durante parte de su vida tuvo las características típicas del gaucho errante, en otros momentos se empleó en una estancia y fue un peón asalariado, y tiempo después de alistó en la milicia.

Cabría por tanto, pensar en analizar a los hombres rurales de la Banda Oriental insertos en la compleja sociedad en la que vivían, a partir de estudios de caso que pudieran ser complementados con el análisis de las generalidades de la época.

Bibliografía

Achugar, Hugo, *La fundación por la palabra: letra y Nación en América Latina,* Montevideo, FHCE, Departamento de Publicaciones, 1998.

Capítulo Oriental, *Eduardo Acevedo Díaz y los orígenes de la narrativa,* N° 6, Centro Editor de América Latina, s/f.

Farge, Arlette, *Efusión y tormento. El relato de los cuerpos. Historia del pueblo en el siglo XVIII,* Madrid, Katz, 2008.

Ginzburg, Carlo, *Mitos, emblemas, indicios,* Barcelona, Gedisa, 1994.

Le Breton, David, *La sociología del cuerpo,* Buenos Aires, Nueva Visión, 2002.

Mayo, Carlos, *Estancia y sociedad en la Pampa 1740-1820,* Buenos Aires, Biblos, 1995.

---------- «Sobre peones, vagos y malentretenidos», *Anuario IEHS,* Número 2, 1987.

Perri, Gladys, «El trabajo libre en la sociedad rural colonial. El caso de la Chacarita de los Colegiales, 1798-1806», *Quinto Sol,* N° 2, pp. 83-109, 1998.

Rodríguez Monegal, Emir, *Vínculo de sangre. Crítica,* Montevideo, Alfa, 1968.

San Martín Petrocelli, Silvia, «Eduardo Acevedo Díaz: el cuerpo como espacio político en *El Combate de la Tapera*», en: Lago, Silvia, *El cuerpo como espacio político: literatura uruguaya insurrecta*, Montevideo, FHCE, 2002.

Sansón, Tomás, *La construcción de la nacionalidad oriental,* Montevideo, FHCE, UdelaR, Departamento de Publicaciones, 2006.

Trigo, Abril, *Caudillo, Estado, Nación. Literatura, historia e ideología en el Uruguay,* Gaithersburg, Hispamérica, 1990.

Fuentes

Acevedo Díaz, Eduardo, *Ismael,* Montevideo, Centro Editor de América Latina, 1968.

---------- *Nativa,* Montevideo, Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, 1964.